AÑO VII.—
N.o 263.

EL DIA

Montevideo.
Enero 23 de 1938.



INTERPRETES DEL "BALLET" "AMOR BRUJO" EN EL PARQUE RIVERA. R. y J. CARUSO FOTOS

El Cementerio Central

ALGUNOS DATOS HISTORICOS

por J. M. Fernández Saldaña

CUANDO vine por primera vez a Montevideo, en 1894, todavía era el tiempo en que entre "las cosas que no se debían dejar de conocer" — según frase popularmente consagrada — estaba en línea de preferencia el Cementerio Central.

Constituía el cementerio uno de los orgullos capitalinos, sacado a inmediato cotejo con el de la Recoleta de Buenos Aires, "con el cual no había comparación" desde luego.

Pasaba por la necrópolis más suntuosa y mejor tenido de Sud América.

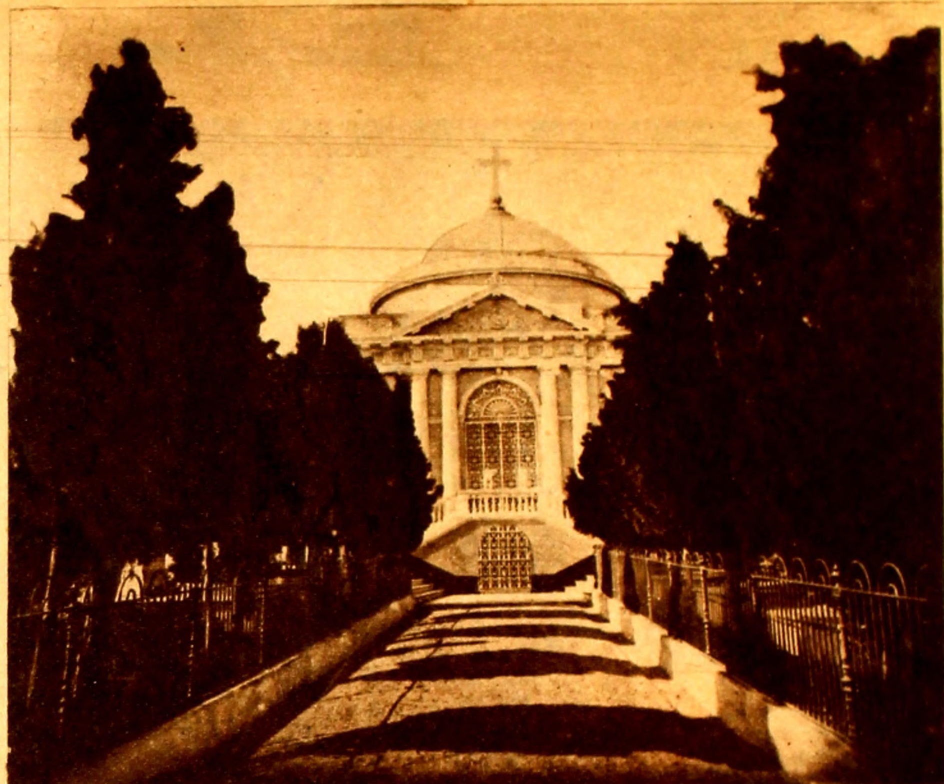
La galería de vidrios que protege el acceso a la rotunda era admiración de los visitantes tanto como los mármoles esculpidos de los panteones.

"Como al fin uno tiene que morirse, quisiera morir en Montevideo para que me enterraran aquí", dijo cierta vez una señora paraguaya al abandonar el silencioso recinto.

Ahora el Central y su fama ganada en buena ley, han pasado como "las nubes, como las naves, como las sombras".

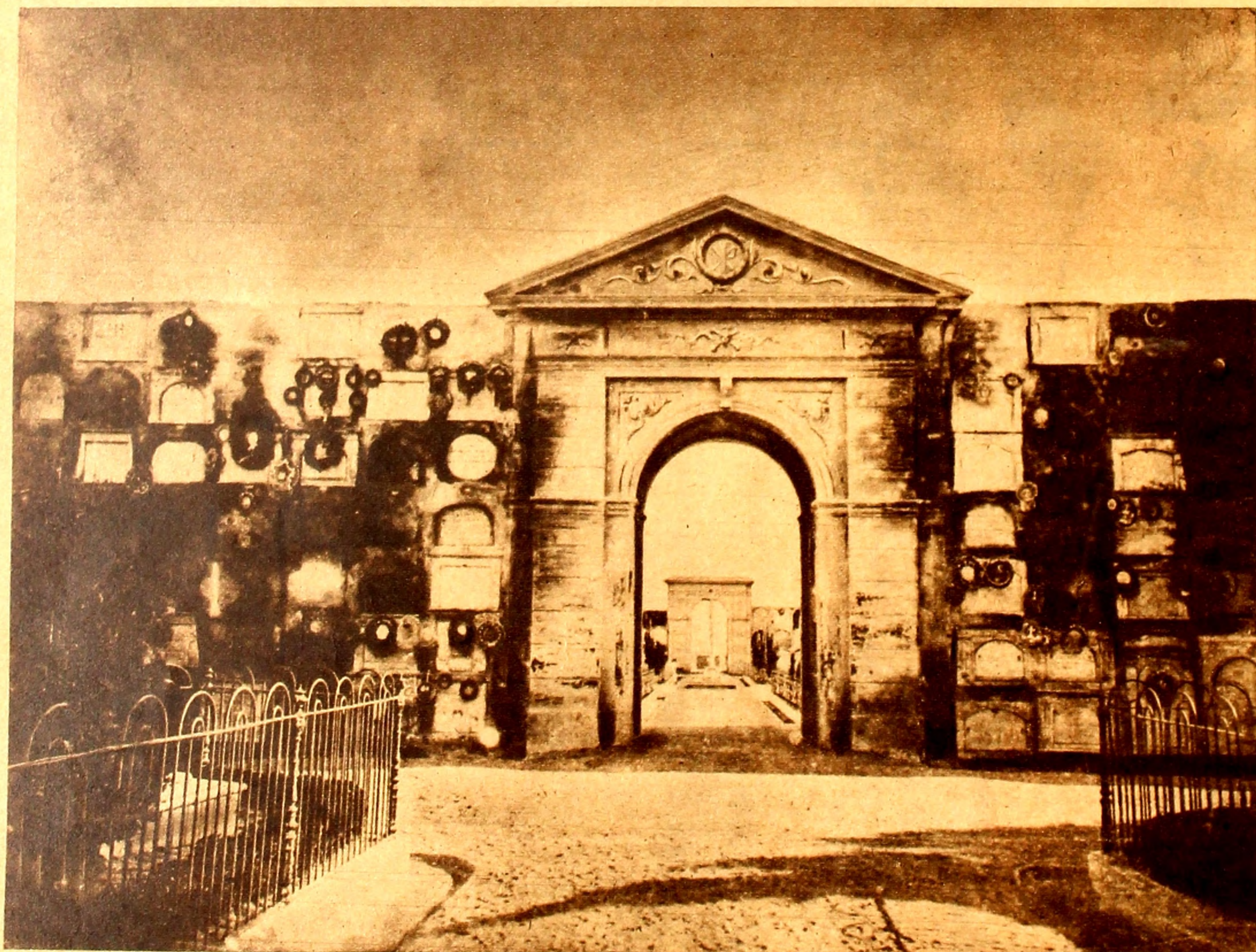
Según costumbre inveterada, en tiempo del coloniaje los enterramientos efectuábanse en anexos a las iglesias y en el interior de las iglesias mismas.

Los frailes franciscanos destinaron a cementerio un campo lindero con su antiguo convento y en 1791, el párroco de la Matriz habilitó para uso idéntico un solar contiguo a su iglesia.



Fachada posterior de la Rotonda, con la entrada al Panteón Nacional. Las puertas se hicieron en la fundición de Garragorri, en 1859.

(Fotografías de la Colección del autor)



Arco de comunicación del 1º al 2º cuerpo: 1875.

Por su parte los muertos en el Hospital, tenían su zona adjunta allí cerca y los militares una particular.

El primer cementerio público extramuros estuvo en la esquina de las calles Andes y Durazno, a contar del año 1808.

Pronto quedó anclavado en la ciudad, inconveniente que parecía subsanarse llevando el nuevo Camposanto a sitio entonces tan lejano como el extremo sur de la calle Yaguarón.

Pero, como es notorio, no se previó el incremento progresivo de la ciudad y lo que se deseaba evitar llegó al cabo de los años.

El Cementerio Central comienza a perfilarse como una necrópolis digna de Montevideo recién en la presidencia de Pereira.

Antes, en la época de la Defensa, servía de apoyo a las líneas militares: ahí está la litografía coloreada impresa en Londres cuyo título es "Montevideo desde el Cementerio", mostrándonos los soldados junto a la pared abovedada con el medio punto de los nichos.

Años después de la paz de octubre, todavía hallábase en un estado bastante precario. En abril de 1855 el jefe político Santiago Labandera, "queriendo de algún modo mejorar en lo posible el interior del cementerio público" y reconociendo a la vez la falta de recursos con que luchaba la autoridad, promovió una suscripción entre el vecindario "para ayudar al costo del revoque" y numeración de mármol que se colocaría al frente de los nichos.

La necrópolis al cuidado de la policía era, según opinión de las autoridades municipales, una anomalía inexplicable.

"No es posible, decía la corporación edilicia, en documento público, que las atenciones y conato especial que requiere su conservación decorosa, puedan ser prestados por la Policía".

No era posible que el sitio que despierta la tierna solicitud de aquellos para quienes encierra venerandas cenizas, continuaba, inspirase al cuerpo de Policía el vivo interés que merecería a los que componen la Junta del Pueblo, asociados a sus convecinos, formando comisiones auxiliares.

"Mientras permanezca como está hoy, será un objeto de disgusto y un reproche permanente e injusto a nuestra incuria y a una relajación de costumbres y de sentimientos que muy poco favorecen a un pueblo culto, generoso y cristiano".

Con fecha 20 de junio de 1858 el Presidente Gabriel Antonio Pereira, refrendada su firma por la del ministro de Gobierno general Antonio Díaz, decretó que los cementerios públicos y carros fúnebres quedaran en adelante sometidos a la dirección y administración de las Juntas Económico Administrativas, a las cuales los Jefes Políticos pasarían inmediatamente todos los antecedentes, libros y documentos que poseyeran.

En virtud de ese acuerdo la Junta de Montevideo creó su primer Comisión Auxiliar de Cementerios, compuesta por su Presidente el benemérito ciudadano Luis Lerena, el vocal de la misma Juan I. Blanco y los señores José M. Roo, Antonio Rius, Joaquín Vargas y Presbítero Martín Pérez.

A la comisión auxiliar de la Unión y a la de la 8.a sección se les dió el cometido de administrar el cementerio de la próxima villa y los del Reducto y Paso del Molino.

"Pronunciada la mente de la comisión por unir al servicio humanitario el religioso con la magestad que correspon[de]" "aceptó la Junta el plan de construir en el cementerio un templo "por el sistema de Rotunda, revestida de nichos interna y externamente".

De acuerdo con ésto el domingo 14 de agosto de 1859 se colocaba la piedra fundamental de la Rotonda, para cuyo acto (era infalible) se designaron, padrinos "el Excmo. señor Presidente de la República y su esposa doña Dolores Vidal".

Un día de lluvia y fuerte viento pampero impidió a los encopetados padrinos concurrir a la ceremonia, asistiendo en su representación los ministros de Gobierno y de Hacienda doctor Antonio de las Carreras y Cristóbal Salvañach.

El arquiecto Poncini fué el autor de los planos y la obra se adjudicó al maestro constructor Rusiñol, por la suma de 3.658 pesos, que cubrirían con las enajenaciones de nichos y de solares.

Al costo de los trabajos de albañilería debía añadirse el de los mármoles del piso y del altar, que subía casi a 4.000 pesos; el de los atributos internos y externos, próximo a 3.000 y los 800 patacones pagaderos al escultor Livi por su grupo "Descendimiento de la Cruz".

Las puertas de hierro se fundieron en los talleres de Ignacio Garragorri y las barandas circundantes fueron forjadas por Menditeguy a precio de $ 3 la vara.

El cementerio, en la parte que llamaríamos oficial, estaba equipado no ya decorosa sino lujosamente; el resto quedaba a los particulares que no tardaron en ponerse al unísono con la Junta.

Así, el Central fué cubriéndose paulatinamente de construcciones fúnebres de alto mérito o elevado precio.

La Municipalidad continuó en su labor de cuidar y embellecer aquel campo de paz, procurando darle el aspecto de un jardín.

Sucesivamente hubo necesidad de ampliar la necrópolis, habilitando nuevos cuerpos, en dirección al mar.

Sin embargo el exterior del edificio desdecía mucho del interior. La entrada se calificaba de pésima con sobrada razón.



El Cementerio Central en 1865, con el primitivo frontón de entrada.

La Comisión Extraordinaria Administrativa de 1865 entendiéndolo así, dió comienzo a la construcción de un gran peristilo en armonía con las dimensiones de la Rotonda.

Demorados los trabajos por dificultades financieras, recién en octubre de 1877 pudo darse como concluída la entrada monumental al colocarse las cuatro estatuas de mármol, altas de un metro cuarenta centímetros, expresamente encargadas a Italia.

La rotonda a poco de estar hecha fué confiada al pintor italiano Verazzi, para que la decorara.

Concluyó el artista su obra poniendo en lugar visible la inscripción italiana que traducida decía así:

"Baltasar Verazzi hizo, 1863. Natural de Caprezzo. Alto Novarese, Italia. Este fresco ha sido pintado solo por el dinero de los gastos; el trabajo personal ha sido dado de regalo a la Iglesia; así queda memoria del autor. Es una vergüenza para la República Argentina, donde son bárbaros para las Bellas Artes, las infamias que el Primer Presidente General ha hecho sufrir a este artista. Las consecuencias han sido funestas".

Explícase tan extraordinaria leyenda sabiendo que Verazzi había tenido cuestiones muy enojosas con el General Justo José de Urquiza por cuadros pintados y por el precio de los mismos, pues el Presidente y el italiano eran muy semejantes en punto a negocios y a pesos.

La Junta E. Administrativa, no bien se dió cuenta del desahogo intempestivo del artista, mandó borrar la parte final de la leyenda.

Verazzi, hombre raro y de genio atrabiliario, no dijo verdad en lo de los gastos, pues en tal concepto recibió más de un millar de pesos, que no gastó ciertamente en pinturas y preparación de paredes.

Veinte años más tarde "La asención del Señor" de Verazzi — composición de escaso mérito — hallábase tan deteriorada que fué necesario pensar en sustituirla.

La Junta, que presidía el general Felipe Fraga, encomendó a Blanes la nueva pintura, en 1884.

Recibiría el artista mil pesos quedando en libertad de elegir tema..

Según el boceto original pintaría una especie de glorificación del Padre Eeterno, apoyado sobre los cuatro vientos cardinales, pero luego sustituyó los vientos por los evangelistas.

El 1.o de noviembre del 84, la Rotonda se abría al público con la nueva decoración del afamado maestro compatriota.



Frente del Cementerio con la entrada monumental, concluída en 1877.



Isabelino Gradín, el gran inside de Peñarol, de remates fulminantes.



Roberto Figueroa, constante amenaza para los goleros.



Gorla, una esperanza.



Daniel Grecco, uno de los primeros cañoneros.

LOS FUTBOLERS URUGUAYOS DE ACTUALIDAD TIENEN CASI ANULADO EL SENTIDO DE LA EFICACIA

LA GRAN FAMA DE JUAN PENA.

En los albores de nuestra vinculación al fútbol, había que ver a nuestros padres comentando con indisimulado aire de sabihondos, los terribles taponazos de Juan Pena, un brillante jugador criollo, cuya historia está llena de relieves sensacionales.

Aquel lejano campeón que integró los equipos de Nacional y Peñarol, como también los combinados compatriotas hasta 1910, — creemos, — fué la sensación de su época, acaparando la atención de los aficionados con su juego de habilidad y los tiros formidables que ensayaba.

Pero la gente, — sin duda con más tacto que la de ahora, — no hacía otra cosa que hablar de los shots de Juan Pena, de los goales que hizo y de los guardianes que dejó k. o. bajo la malla, al querer interceptar sus remates poderosos.

Juan Pena... El tiempo fué apagando bastante su fama, que sin embargo tenía auge extraordinario allá por 1920, pese a que hacía rato no jugaba.

GRECO, TEREVINTO, PETRONE, YOUNG!

Juan Pena resultó siempre un forward completo, según los datos de las viejas crónicas y las consideraciones que más de una vez nos ha hecho don Aníbal Falco, — el presidente de Nacional, — zaguero de gran lucimiento en aquella etapa del fútbol y buen conocedor de los secretos de la técnica.

Más adelante aparecieron otros colosos, de capacidad en los pases, los esqui...es dominio sobre la pelota y fuerte shot. Carlos Scarone marcó un punto elevado en esa categoría, incluso una serie de jugadores de su tiempo, que no es del caso recordar uno por uno.

Luego surgió Héctor, el mago, cuyas proezas conocidas son. En fin, eran elementos completos.

También figuró Daniel Greco, el famoso "42" de Palermo, un forward con discretas aptitudes para lo que llaman los aficionados "moverla", pero lo mismo Central lo quería en su ofensiva, — y con Central otros clubs, — porque Daniel reventaba el cuero con media docena de shots. Peñarol, teniendo brillantes jugadores, fué a buscar a Pablo Terevinto a la cancha de Solferino, porque ese muchachito, — allá por 1919, — hacía goales todos los domingos y también en las prácticas, etc.

En el 23, Charley presentó en su modesto cuadrito a Perucho Petrone, el artillero de Colombes, una figura atlética en el futbol, un shoteador quizás fuerte como cualquiera de los otros, aventajando en cambio a todos en precisión y en colocación. Además, para abrir camino a lo que él se proponía, Petrone desarrolló una táctica especial, rápida, a grandes rasgos, como para impedir esas aglomeraciones que originan en el área penal los menuditos y entretenidos forwards que "la gastan"...

Por último Young, otro excelente delantero, a quien sólo en 1932 entendió y supo hacerlo explotar el doctor González Conzi, llevándolo al primer team y poniéndole al costado los elementos convenientes.

LA TACTICA DE PIENDIBENI

El gran centro forward de Peñarol fué realmente un maestro para el fútbol rioplatense, cuya técnica fundó sus progresos y la bella fisonomía que ha tenido en las normas claras y seguras que fué trazando aquel glorioso campeón.

Todo está dentro de la escuela creada por Piendibeni. En las mismas delanteras por él integradas hubo elementos que, por ser simples tiradores, necesitaron sus pases para poder desplegar las aptitudes que tenían.

Los Petrone, los Young, etc., etc. son forward que han ido apurando la terminación de las jugadas, hechas éstas conforme a las normas básicas del inolvidable "maestro".

Fué Piendibeni el coloso supremo en la realización de tácticas, que han quedado, que son las que se usan, aunque sin estar ubicados en los quintetos de avance elementos siquiera parecidos a los de antes.

Piendibeni conquistó goales estupendos y en abundancia. También supo preparar el campo a sus compañeros para lograrlos.



J. P. Young y P. Petrone, saludándose en el Estadio.



Pascual Somma, el rapidísimo puntero de Nacional, asombraba con sus goales.



Tito Borjas, malogrado centro forward de Wánderers.

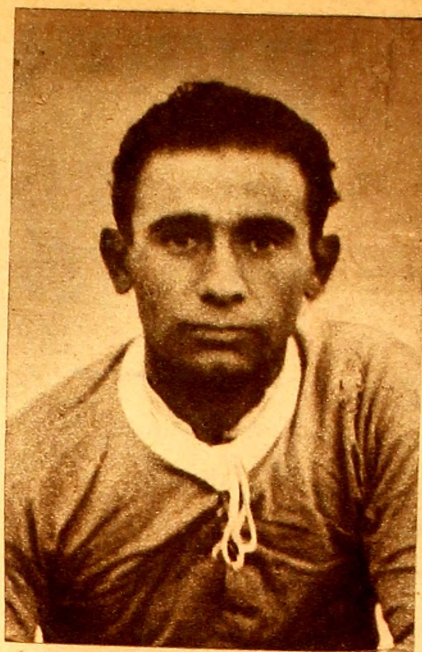
MANOS PERFECTAS...

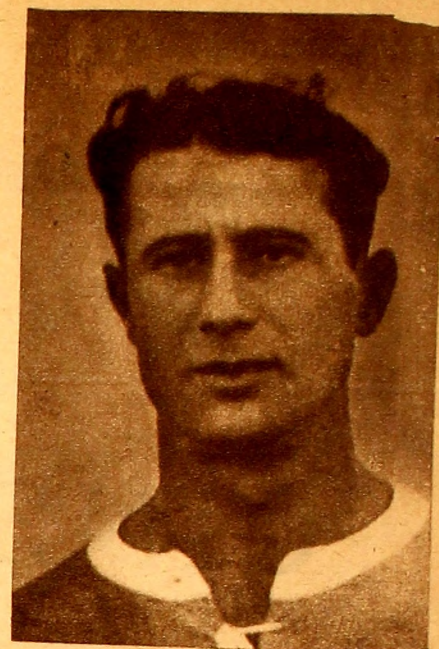


Una mujer distinguida cuida sus manos con primor. La epidermis debe tratarse diariamente por lo menos durante un minuto con glicerina de almendro hasta que ésta sea totalmente absorbida. De este modo las manos se suavizan y blanquean y la piel resiste a la fatiga diaria.


Pelegrín Anselmo.


El manco Castro.


J. E. Piriz, delantero con condiciones para haber figurado más.


Antonio Castaldo, un gran jugador, pero de poca suerte.


José Piendibeni, el único, paseando por Malvín, con su consecuente compañero, el "flaco" Aguerre.


Pitongo García, de los mejores shoteadores que han surgido después de 1930.

cuando las alternativas indicaban que no debía ser él quien debía rematar.

Los Scarone, Angel Romano, Borjas, Anselmo, Castro, tantos otros de esta categoría tuvieron, dentro de lo relativo, las dos faces del "maestro".

El vasco Cea, Casanello, Sacco, Armando Artigas y otros, emplearon principalmente un aspecto del campeón peñarolense: la destreza de sus pases. (Claro que sin la perfección del "maestro").

Y otros players explotaron el otro aspecto de la táctica, o sea shotear.

CLARO QUE LO MEJOR ES HALLAR OTRO SCARONE.

No hay por que gastar argumentos para indicar que lo ideal es conseguir jugadores completos, en fin, duchos para esquives y pases, y preparados para ejecutar remates con los pies y la cabeza.

Y algunos aparecen así dotados, por ejemplo el botija Servetti, que ahora anda triunfando en Italia.

Pero son muchísimos los que acusan nada más que algunas condiciones, caracterizándose como incompletos.

Pues, en tales circunstancias la gente ha dado una preferencia inexplicable a los que forman en el núcleo de los que "la gastan", de los que "saben jugar", de los que "es una lástima que no shoteen, sino serían cracks".

En cambio los pocos jugadores que marchan sin las maniobras que por ahí despiertan tanta simpatía, pasan toda clase de angustias.

A los shoteadores los arrumban los hinchas y los clubs.

Y, por rara coincidencia, van quedando en las ofensivas elementos de habilidad para mover el balón, pero incapaces de tirar, a menudo por no ser esa su modalidad pero generalmente porque ni fuerza tienen o efectúan un juego que los va encerrando.

Debe comprenderse que "mover" el globo ha de resultar mucho más fácil que shotear, desde que en cada club hay un montón de "dribleadores", mientras a penas llega uno, de vez en cuando, con aptitudes para shotear.

Nuestros cuadros han perdido los delanteros emprendedores y de tiros fuertes.

Repetimos que lo ideal es hallar forwards completos, o sean tipo Scarone, Castro, Anselmo, Borjas, etc.

Pero no ocurriendo ésto, los que "la mueven" deben ser puestos junto a los que saben y tienen potencialidad para shotear.

En los cuadros argentinos no sucede lo de aquí. El caso del 11 de noviembre y lo que le pasó a Peñarol la otra noche, indican que pocas esperanzas hay con delanteros que abundan en pases y esquives, si esos pases y esquives no se traducen en ganar el campo adversario y tirar con oportunidad, o tirar, simplemente.

El caso de Nacional es también elocuentísimo: desde que pasaron a ser "astros" algunos elementos de juego chiquito, — pero que gana el alma de los hinchas y los dirigentes, — no prueba una ante su tradicional adversario. Y éste, cuanto le faltó el único forward seguro en la marcha hacia el goal y en los tiros, perdió pie, — pese a sus esfuerzos, — ante el antagonista avezado en su ofensiva, rápida y audaz para azarear las defensas, oportuna y resuelta para liquidar con potentes shotes las situaciones propicias.

Es posible creer que los contrastes vayan anulando todas las tendencias equivocadas y resurja la clara apreciación de lo que en realidad conviene al fútbol.

Basta de preferencia exclusiva hacia los que dominan la pelota!...

Es necesario, mientras no aparezcan elementos, hacerlos coordinar con los shoteadores.

Cualquiera se da cuenta que sin rematar las jugadas, no hay caso. — **U. B.**


J. M. Labraga, fué uno de los wingers más rápidos.


El ñato Haeberli, de mucha visión para la valla.


Héctor Scarone.


Luis A. Deagustini, también orientado hacia el cuadrilátero.



CINES

HEIDI

LA encantadora estrellita Shirley Temple que continúa manteniendo el prestigio de gran figura cinematográfica en Estados Unidos, reaparece con su sostenida y fresca gracia infantil, animando el principal personaje de la película que exhibe con éxito Cine Metro bajo el título de "Heidi".

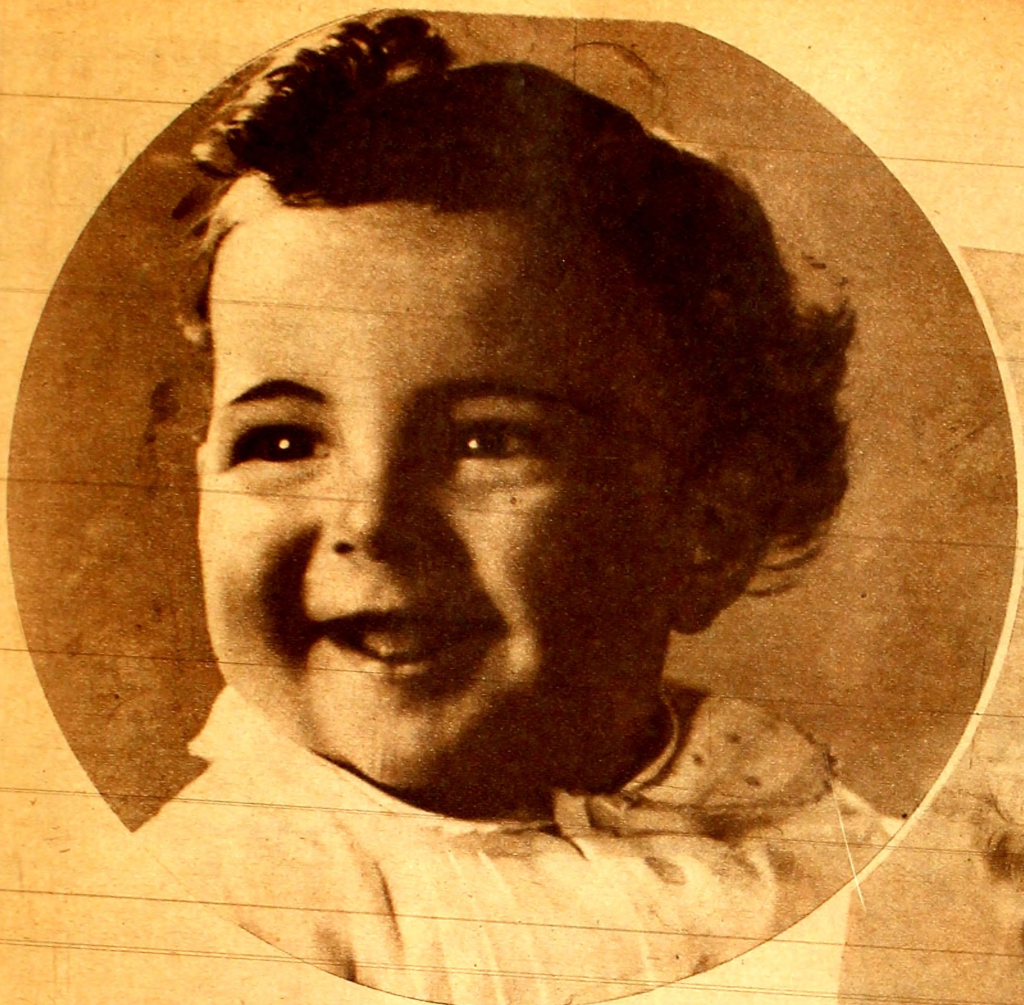
Secundan a Shirley, el actor Jean Hersholt, Arthur Treacher, Helen Witley, Pauline Moore y Mady Christians.







SOCIALES



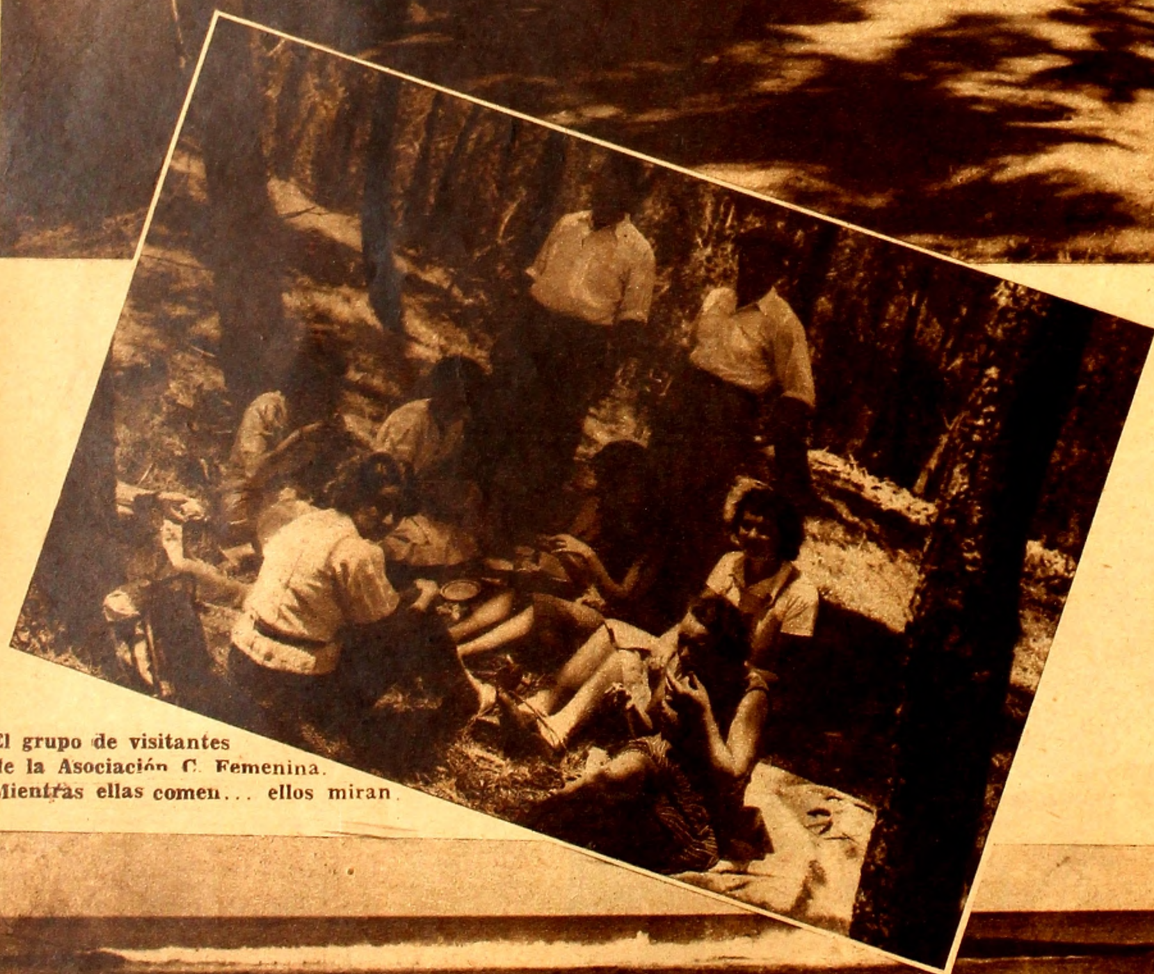
CARLITOS BARRANDEGUY FUENTES



MIRTHA DEBITONTC MICCIO.

Fotos de
MARCHESE

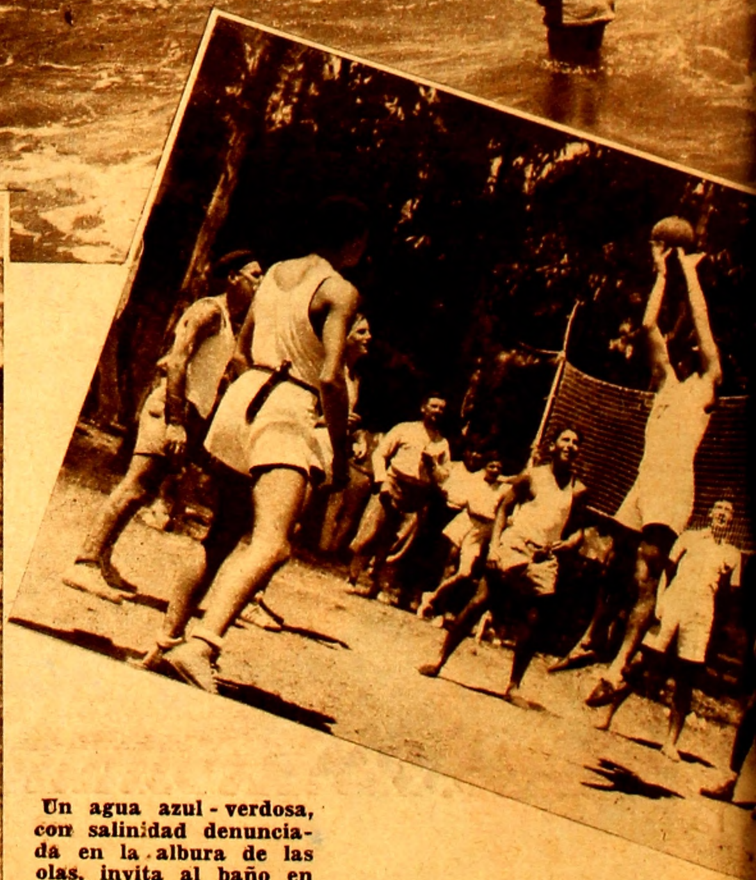
Señora IRIS L. DE INVERNIZZI y su hijita MIRTHA.



El grupo de visitantes
de la Asociación C. Femenina.
Mientras ellas comen... ellos miran.







Un agua azul - verdosa, con salinidad denunciada en la albura de las olas, invita al baño en la playa del campamento "Artigas", sito en la Barra de Maldonado.

CAMPAMENTO "ARTIGAS" EN LA BARRA DE MALDONADO

[illegible] Barra de Maldonado tiene la A. C. [illegible] Jóvenes instalado un campamento, "Artigas", uno de los tantos dispersos [illegible] lugares pintorescos de la República [illegible] que pasan su estación estival numerosos afiliados de la institución, a los que atiende cuidadosamente. En los días [illegible]os, se realizan excursiones desde [illegible]video, que llevan a los familiares. [illegible] de esas excursiones realizada el [illegible]go pasado, pertenecen estas notas [illegible] que se advierte la alegría de los [illegible]ados, sus diversiones, y el magnífi[illegible] lugar elegido, con amplia playa de [illegible] intensamente salinas, y a su espa[illegible] magnífico bosque, viviéndose al aire [illegible] en una excelente práctica higiénica y [illegible]ante.

[illegible] poblaciones del campamento que, como se [illegible] está instalado en pleno bosque.



Acampantes y familiares listos para el baño.



Pirámide "El Acordeón". Al final se cierra hacia abajo, y todos cuerpo a tierra.





Número de 'Pirámides", del Circo, organizado por los acampantes del Artigas.



Los que se bañan pueden nadar, pero aquí hay uno que hasta vuela...

Reñido partido de Volley Ball. Reñido... por el cuchillo de monte que uno de los jugadores lleva a la cintura. Pero ha de ser por despistad.



Grupo de acampantes. Se ve al Director señor J. C. Ceriani y al doctor Peyrallo, médico del campamento. También los "leaders" mayores que cuidan y dirigen los menores, en grupos de siete, formando con cada grupo una carpa.

Un Drama Del Renacimiento:

Lorenzo el Magnífico y Savonarola

Evocación histórica de Marcel Brion



Lorenzo el Magnífico por Vasari

LOS dos adversarios no se habían encontrado nunca. Cuando alguno segirió al fraile, al llegar a Florencia, que sería correcto hacerle una visita a Lorenzo para agradecerle el haberle hecho venir, Fra Girolamo se rehusó con tal altivez que nada resultaba más arriesgado de proponerle. Cuando se le nombró prior del Convento de San Marco, comprendió que debía agradecerselo a Lorenzo, que era Protector del Convento, y el sostenedor de sus liberalidades. Pero el Hermano había llegado a ser tan poderoso que podía desdeñar a su adversario; y el pueblo que lo veneraba no habría comprendido que le rindiese pleitesía al Anticristo despues de haberlo atacado violentamente en sus sermones.

Lorenzo intentó, entonces, encontrarlo "por azar". Iba frecuentemente a pasearse por los claustros del convento. Amaba este Monasterio donde su abuelo Cósimo lo había llevado frecuentemente, en otro tiempo, para mostrarle sus manuscritos, sus pinturas, sus estatuas. La paz de los largos corredores claros, la apacibilidad de las celdas, el silencio de la biblioteca, y la singular armonía de los mármoles paganos expuestos en el jardín, incluso con la atmósfera piadosa y recogida, lo atraían como habían atraído al Padre de la Patria.

Pero a pesar de que, como antes, esta mansión fundada por los Médicis le estaba amigable y calurosamente abierta, un espíritu nuevo y dominante, bien diferente, daba al Magnífico la sensación penosa de haberse convertido en un intruso. Esperaba, y a la vez creía, sentir la sombra maléfica de Savonarola que ejercitaba contra él todas sus malignidades, turbando la dulce serenidad del claustro, ensombreciendo ese luminoso jardín donde, siendo niño, había aspirado las flores abiertas entre las estatuas griegas.

Pensaba que una conversación con su enemigo aclararía, tal vez, las cosas. Sus ataques eran absurdos. ¿Cómo lo acusaba de ser tirano, a él, que había hecho tanto por el bien público? ¿Cómo lo acusaba de impiedad, a él que decía a diario sus oraciones y oía la misa devotamente? Ese fanático no comprendía que podía armonizarse el gusto de la cultura con la piedad, y que no es necesario odiar la belleza física para mantener pura la belleza del alma? Una conversación en la que podría hablarle a corazón abierto, explicarse, definirse, despejaría todos los malentendidos, y ese monje intolerante descubriría que no tenía ante sí al Anticristo, sino a un soberano liberal, generoso, respetuoso de todas las libertades: de la de dudar como de la de creer, morando él mismo, profundamente adicto, en el Cristianismo.

Por eso recorría los claustros esperando que un azar lo pusiera en presencia de Fra Girolamo, o que él también, un día, impresionado por esa actitud implícita de reproche, intentaría encontrarlo "por azar".

Pero las cosas habían llegado a tal punto que, ninguno de los adversarios podían arriesgar el primer paso. Para Lorenzo no era cuestión de pedir ser recibido por un hombre que, llegado a Florencia a su invitación, no había intentado en muchos años irlo a visitar. Su altivez no le permitía dar un paso que habría parecido a los ojos de todos como la confesión de una derrota.

No tenía por qué pedir, todavía, la paz! Savonarola, por su parte, evitaba un encuentro que, aún siendo fortuito, habría debilitado su posición de intransigencia. Quería poder decir: "Jamás he visto al Anticristo. Jamás he cambiado una palabra con él".

Alguna vez, los religiosos, tímidamente, iban a advertirle que el Magnífico estaba allí, paseándose por el claustro, y —agregaban en voz baja,— habían visto como levantaba los ojos hacia las ventanas de la celda donde oraba el predicador. Savonarola saboreaba silenciosamente, sin sonreir, la humillación de su enemigo; sabía cuánto significaba para el orgullo de Lorenzo este paseo bajo los arcos, adivinando esa mezcla de indecisión, de hostilidad, de atracción, de rechazo. — "¿Ha pedido que lo reciba?", preguntaba. Y como se le respondiera que no, volvía a su lectura, o a sus preces, sin agregar otra sola palabra.

Este estado de cosas no podía durar, sin embargo. El monje adquiría sobre el espíritu del pueblo un imperio de más en mas grande. Su popularidad crecía a diario. No se hablaba sino de él en toda la ciudad, de sus visiones, de sus anatemas, de su elocuencia, de su santidad. ¡Era un santo! Se narraban los milagros extraordinarios que había realizado, las austeridades escalofriantes con que martirizaba la carne.

La imaginación del pueblo, que se entusiasma frecuentemente por lo extraño e inhabitual, había magnificado a las proporciones gigantescas de una figura mística la psicología de este hombre. Y lo había hecho su ídolo.

Lorenzo no celaba esta popularidad. Conocía sobradamente la fragilidad de las pasiones populares para no saber que después pueden elegir, como sujeto de su adoración, a la personalidad más contraria de la anterior. No quería disputarle a este predicador fanático la simpatía de los florentinos, por sobre los que lo habían levantado. No se preocupaba de ésto. Era su obra la que quería defender contra los asaltos del enemigo, su obra de humanista, su obra de hombre político. Le importaba poco que el pueblo lo amase o no le amase, pero entendía que debía preservar la creación de su vida, la cultura, por la cual había trabajado tanto, y tanto había gastado; la paz de Italia, que había sido, que continuaba siendo, la preocupación mayor de su actividad diplomática.

EL REINO DE UN FANATICO

¡La cultura! ¿En qué iba a parar si Savonarola triunfaba? Lorenzo adivinaba que un día vendría en que la multitud fanatizada, llevaría los cuadros y los libros a la plaza pública para quemarlos regocijadamente en un gran fuego. Quemar las obras de arte... quemar los libros... ¡abominación que nada iguala, que nada justifica! ¡Quemar la creación del genio humano, bajo cualquier pretexto que fuera, aún en nombre de una moral incierta, o de un interés público mal interpretado, no existe crimen comparable a ese, y quien lo comete desciende al nivel de los peores bárbaros. La santidad de la cultura, que venera en los mejores humanistas del Renacimiento, no excluye, sobre todo, cualquier forma de fanatismo? Pero el fanático Savonarola, que conquistaba al pueblo justamente por ese llamado constante a la violencia, a la brutalidad, a la intolerancia, ¿retrocedería delante de los más horrorosos ultrajes que pudieran hacerse a la inteligencia humana?

Cosa más grave todavía: los intelectuales, también ellos, están contaminados. Esa atmósfera de devoción frenética, esos lamentos y lloros, esas flagelaciones en común, ese gusto perverso del sufrimiento y de las lágrimas, los había ganado poco a poco. Como si las más bajas tendencias de la naturaleza humana pudieran ser resucitadas entre los artistas y los poetas que habían descubierto el mundo sereno de las ideas claras, los sermones de Savonarola congregan alrededor de su pólpito artistas, pintores, sabios eruditos, todos los hombres que ayer celebraban con una sonrisa de luminosa inteligencia la fiesta del divino Platón. Estos hombres se curvan bajo la ráfaga de imprecaciones apocalíticas, y mezclan sus lágrimas a las de la muchedumbre, y tiemblan con ella, y se golpean contritos el pecho, humillados, aterrorizados por la enervante voz del monje. Ficino, él también, intérprete del verbo platónico; Poliziano, poeta de la gracia pagana; Botticelli, el pintor de la belleza y de la voluptuosidad elegante, siguiendo los sermones de Fra Girolano, arrastrados a esa ronda sádica en que el éxtasis místico se mezlcan con las manifestaciones más sospechosas de la crueldad y del salvajismo.

Savonarola no se contenta con predicar y recomendar la penitencia; organiza la expiación. Los que no vienen de buen grado a sus sermones, los lleva a la fuerza; y si los que llama a la penitencia no acuden, los irá a buscar a sus casas.

Ha alistado los niños. Esto ha sido un golpe maestro. Se hace así de preciosos aliados que aportan al servicio del Señor el mismo celo que a sus juegos. Esos granujas que molestan a las gentes, los hostigaran en adelante por la buena causa. Que una dama elegante pase, y caen sobre ella para que su vestimenta sea manchada de lodo, de salivasos, de estiércol. Antes, se les hubiera tirado de las orejas por esas insolencias. Hoy, si algún burgués se atreve a reprimirlos, gritan; y será el burgués el que acabe en la calcel, donde encontrará a los pobres ciudadanos culpables de haber bebido su pinta de Trebiano en una taberna, de haberse divertido al honesto juego de dados, o haber galanteado a cualquier muchacha. Pues la inmoralidad, bajo todas sus formas, está desterrada de Florencia, y son los muchachos a quienes el monje ha encargado de hacer ejecutar sus severos decretos. ¡Y con que entusiasmo lo realizan!

¿En qué va a parar la cultura con todo eso? ¿Qué va a ser de Florencia? Todos los esfuerzos hechos para dotarla de las más bellas obras de arte, de las bibliotecas más ricas y más completas, habrán resultado inútiles. Lorenzo piensa en oponer a Savonarola un adversario capaz de demostrar sus errores, sus excesos, y restituir la ciudad a una más justa noción de las cosas. Fra Mariano de Gamazzano, dolido de haber perdido su popularidad de predicador, acepta la misión que le confía el Magnífico. Es una misión bien hermosa: demostrar que el Evangelio, preconizando la caridad, la dulzura, la tolerancia, ha condenado esa intransigencia fanática del Antiguo Testamento; probar que el Dios de bondad no reclama la supresión de la belleza y de la alegría, sino que quiere, al contrario, estimularlas para conducir a los hombres por la inteligencia hacia las verdades espirituales...

¿Cómo hacerle entender esto a gentes acostumbradas a las emociones violentas, a imágenes de cataclismo y devastación? Fra Mariano predica en desierto; nadie lo escucha, pero cuando al domingo siguiente Savonarola retoma el tema de su sermón, para hacerlo objeto de una prodigiosa improvisación apocalíptica, llena de gruesa ironía, de éxtasis, de vehemencia, de imploraciones y de imprecaciones, el furor del pueblo se vuelve contra el desdichado Fra Mariano, que huye a galope hasta Roma sin descansar.

Savonarola sabe que puede permitírselo todo. Ha empezado por predicar la penitencia, luego ha precisado sus acusaciones, dirigiéndolas a Lorenzo; mientras tanto da una forma tangible al ejército de ángeles exterminadores, de los que hace tiempo habla sin nombrarlos: crea un espantajo terrestre visible, conocido, vecino. Y en lo sucesivo, en sus sermones exaltados, son los franceses quienes juegan el papel de cuco.

¿Los franceses? Esto se vuelve grave. Lorenzo aguza el oído. He ahí una amenaza nueva, imprevista. ¿Qué quiere decir el monje? En los sermones siguientes el peligro se precisa: Italia por su impiedad, y sobre todo Florencia por la flaqueza con que ha aceptado el paganismo y la tiranía, merece un castigo: este castigo va a serle aplicado de inmediato. El Rey de Francia va a invadir Italia: no sabe bien si es para devastarlo en castigo de sus pecados, o al contrario, para darle la libertad que sus tiranos le han arrebatado: las profecías se manifiestan envueltas en una prudente oscuridad.

Las cosas han ido demasiado lejos. Es necesario terminar con Savonarola.

LA VICTORIA DE SAVONAROLA

¿Pero de qué manera? Esta no es cuestión de violencia: Lorenzo es demasiado civilizado para acudir a los argumentos brutales ante los cuales Giovanni y Cosimo no habrían probablemente retrocedido, mientras existiera el peligro. Pero a él lo ha desarmado el exceso de cultura, demasiados sueños para poder obrar con la prontitud y violencias necesarias. ¡Cómo debe despreciar el enemigo su flaqueza! Son sus virtudes y cualidades las que precisamente lo hacen débil. Su estado de salud también. Cuando estaba sano, devolvía golpe por golpe: los volterranos saben algo de ésto. Pero desde hace algunos años, la gota, esa enfermedad de familia de la que su padre murió joven, empieza a destruirlo a él también. Violentos dolores de estómago se le agregan, paralizando su iniciativa y voluntad.

Ha tardado muchos años en resolverse; y cuando por fin va a proceder, lo hace con una torpeza lamentable en un hombre tan inteligente. Sin duda está paralizado por la enfermedad, pero también los escrúpulos morales más terribles le atan las manos. No puede, mientras tanto, combatir de frente la popularidad de Savonarola.

¿Tratar con el adversario? Es humillante, pero Lorenzo no puede atender su orgullo contra tan grande riesgo. Envía embajadores a Savonarola, pero éste, convencido de la verdad de la causa de que se ha hecho apóstol, y animado además de la voluntad y firmeza en que aventaja a Lorenzo, se vuelve de una intransigencia feroz: está seguro de su victoria, pues no solamente tiene a Dies consigo, sino a la multitud, y también a los franceses.

¿Comprometer a este incorruptible? ¡Qué puerilidad! Pues que todos los hombres son sensibles a la atracción del dinero, puede ser que éste no sea indiferente! Y una mañana, el tesorero de Lorenzo se deslizó en el claustro de San Marco, a la hora en que el prior Savonarola tiene por costumbre mirar el cepillo de las limosnas. Puso en él un pesado saco de oro, y luego se disimuló tras de un pilar, y esperó. Un paso rápido y duro resonó sobre las baldosas. El monje pasa sin mirar los mármoles paganos que le inspiran amargura y disgusto. Abre el cepillo, ve la bolsa, desata el lazo de cuero: una fortuna. Los florentinos no tienen el hábito de esa generosidad! Una sonrisa de triunfo aclara su rostro huesudo: no necesitaba más que ésto...

Entonces se dirige rápidamente hacia el hombre que se disimula en la sombra, llama a un fraile que pasa y entrega la bolsa al religioso maravillado, diciéndole: distribuya ésto entre los pobres, inmediatamente", luego, plantándose ante el tesorero, aturdido:

—Dirás a aquel que te envía, que los perros de Dios no son de los que cesan de ladrar y morder cuanto les tiran un hueso..."

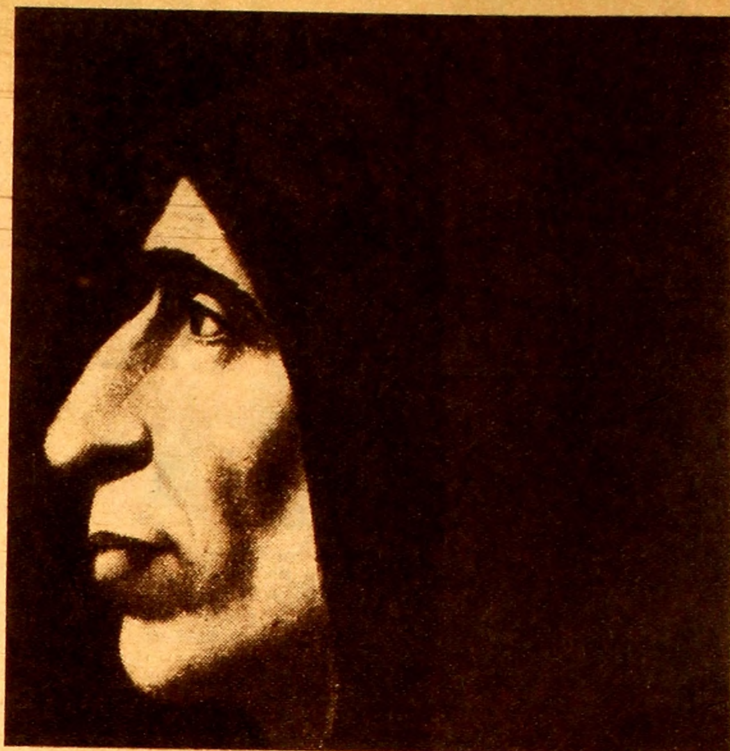
Dicho lo cual, se va, el hábito flameando alrededor de su cuerpo magro, orgulloso de haber obtenido su más bella victoria.

No se puede servir al mismo tiempo a Dios y a Mammon. Lorenzo representa a los ojos de Savonarola la fuerza del dinero. Es sobre ella que se apoya para ejercer la tiranía. Tal vez el dominicano adivine, en su visionismo, el peligro que hace correr al mundo el imperio del dinero; es contra él, más que contra la cultura paganizante, que dirige sus ataques. La orientación nueva de la sociedad se le aparece basada en un apetito de lucro que sobrepasa los valores religiosos y los valores heroicos de la Edad Media. Cuando habla de tiranía, se refiere sin duda a esta tiranía que adivina: la tiranía del dinero que gobierna la vida material de los hombres, invadiendo todos los pensamientos, cegando las conciencias.

Si llama a los franceses a Italia es porque, frente a estas repúblicas burguesas, gobernadas por financieros o soldados con suerte, la Francia continúa siendo la nación caballeresca, impregnada todavía de virtudes medioevales, y en nada aún avasallada.

A dios gracia, ante el imperio de los banqueros, Savonarola continúa siendo un hombre de la Edad Media, frente al Renacimiento, que no acepta, y del que, posiblemente, no ha comprendido los ideales. Personifica el pasado, contra Lorenzo que representa el presente. Pero ese presente ya está concluído y es el pasado el que contiene la semilla del porvenir.

Dos personalidades como estas de Lorenzo y Savonarola, se excluyen recíprocamente, pues que representan dos mundos irreconciliables. Lorenzo no ha creado el Renacimiento, pero lo ha heredado, ha sido formado por él, y lo ha llevado a su más alta perfección. Es su más fina punta, el extremo límite. Pero termina el siglo, que fué el siglo de oro, y nuevas metamórfosis se preparan en los jóvenes artistas, y en los poetas jóvenes. La sociedad también se modifica, y la estructura monárquica va a reemplazar esa forma de república liberal e intelectual que deseaban establecer definitivamente los Médici.


Savonarola, por Fra Bartolomeo



El siglo termina. El Renacimiento se acaba. Lorenzo va a morir, y mientras el cortejo melancólico de las cosas que desaparecen desciende la pendiente, grandezas nuevas aparecen sobre el otro lado: el Barroco se anuncia, con la vuelta a las pasiones dramáticas, al fervor religioso, a la concepción trágica de la vida. ¿Qué papel podía desempeñar Lorenzo en esta época nueva, tan distinta a todo lo que él desea, de todo lo que él sueña?

Primavera en Careggi. En las fontanas cantan los innumerables surtidores. El viento agita dulcemente las copas de los cipreses y los pinos, y es como una bendición celeste que desciende sobre los seres y las cosas. Pero Lorenzo va a morir.

LA MUERTE DEL MAGNIFICO.

Policiano, y Pico de la Mirandola están de pie junto a su lecho, silenciosamente. El poeta y el filósofo contemplan esta lucha del hombre contra la destrucción. No tienen ánimo que darle, ni consuelo. Lorenzo va a morir, ahora que está la primavera florentina en toda su gloria dulce y radiante. La enfermedad ha desfigurado a este hombre en el que la fealdad misma tenía tanta nobleza y grandeza. Su rostro profundamente modelado por el sufrimiento, expresa insoportable dolores. Dolor del cuerpo que roe. Cómplice de la enfermedad puede ser no se sabe cuál veneno. Mañana, cuando Lorenzo esté muerto, se encontrará el cadáver de su médico, Pedro Leoni, en un rincón del jardín. ¿Pedro Leoni ha muerto de pena? ¿De remordimientos? ¿O lo han matado para que no diga cuanto sabe, o cuanto sospecha? Dolor del espíritu. Dolor del alma. Lorenzo siente que su obra no le sobrevivirá; no ha tenido tiempo de concluirla. No debía morirse a los cuarenta y tres años!

La presencia de los moribundos puede entrever el porvenir. El pueblo soliviantado por los quejosos, saqueará la bella mansión de la Vía Larga, sus hijos en fuga, y su sucesor, que merece bien llamarse Pedro el Infortunado, expulsado de la ciudad de sus antecesores, de Florencia, donde cuatro generaciones de Médici habían llevado la corona invisible del poder. Entre Pedro el Gotoso y Pedro el Infortunado, Lorenzo el Magínifico; y la edad de hierro sucediendo a la edad de oro.

¿Savonarola vendrá? Lorenzo lo ha mandado buscar. A la hora de su muerte quiere tener con su adversario cierta entrevista decisiva que ha diferido demasiado tiempo. Tiene un ruego que hacerle y el monje no se hará el sordo, presumiblemente, a las solicitaciones de un agonizante.

Savonarola aparece delante del lecho, de repente, gran sombra trágica en su hábito blanco y negro. Todas las versiones que se han dado de la entrevista, están elaboradas por el espíritu de partido. No es cierto que Lorenzo lo hiciera ir para confesarse con él; ya que había recibido la absolución, y las últimas preces, de labios de un sacerdote. Que Savonarola haya hecho llover los anatemas sobre el lecho del moribundo, es cosa demasiado melodramática.

La realidad no debe buscarse entre los testimonios inciertos, sino en la verdad profunda de las conciencias. No es solamente como monje que Lorenzo ha hecho venir a Savonarola, sino como jefe de Florencia. Sabe que su verdadero sucesor es Fra Girólano, y no ese débil Pedro que la primera tempestad barrerá. Su padre le había dado a Tommaso Soderini por consejero, y él no tiene tutor político que darle a su hijo; los sabios, los filósofos, los poetas, no son suficientes para dirigir la torpe inexperiencia de un joven rey. Lorenzo se arrepiente ahora de haberse rodeado solamente de intelectuales, necesitando de políticos y de financieros. Ha pensado demasiado en la cultura y en el arte, poco en los negocios y en la política; y mientras tanto, su obra se hunde.

¡Si pudiera convencer a Savonarola! Una última esperanza, absurda, insensata. ¿Persuadirá al religioso de renunciar a sus quimeras doctrinarias, para practicar la doctrina realista de que Florencia e Italia tienen necesidad? Ese llamamiento a los franceses, sobre todo, en un momento en que la unión de la península no está todavía cimentada, constituye un crimen contra el país, una locura. El día en que los franceses, accediendo a la invitación, invadan Italia, será un desorden atroz. Y ¿cuánto tiempo y esfuerzo no será necesario para reparar las devastaciones?

Lorenzo ha hecho venir a Savonarola para hablar de política. No tiene necesidad de los consuelos de la religión: su capellán se los ha proporcionado. Además, cuando siente necesidad de consuelos, no es a ese terrible e implacable que debe dirigirse.

Savonarola, en efecto, no quiere oir nada. De entrada, exhorta a Lorenzo al arrepentimiento de sus pecados. Eso ya está hecho, y no es para eso que lo ha llamado. Pero Fra Girolamo es sacerdote, y quiere ser solo sacerdote. Que este moribundo no se preocupe más de las cosas de la tierra; debe sólo pensar en la salud de su alma.

Lorenzo insiste: Florencia. Savonarola lo interrumpe: lo que le hace falta a Florencia es la libertad.

La libertad... es una palabra. La experiencia enseña que no hay libertad sin autoridad. Bajo pretexto de libertad, ¿existe una dictadura más intransigente y feroz que la que ejerce el predicador sobre las conciencias y sobre las costumbres?

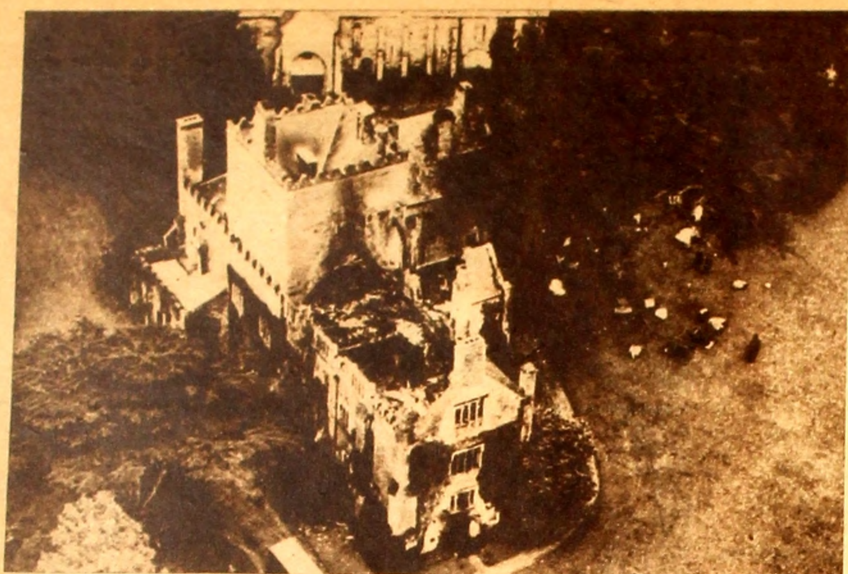
Jamás estos dos hombres podrán entenderse: no hablan el mismo idioma. Fra Girolamo aparece más calmo, más mesurado, se diría que siente cierta piedad por ese enemigo moribundo, pero no puede darle otros socorros que los de la religión; no es más que un monje. Su bendición, puede ser...

Entonces Lorenzo comprendiendo que no podrá ablandar esa alma de granito y de acero forjada en la exaltación mística, abandona la lucha. Todo es en vano, todo se hunde: que lo dejen morir en paz.

Afuera los pájaros cantan. Es una bella mañana de primavera la de ese 9 de abril del año 1492. Si no estuviera tan enfermo, iría a cazar con su halcón. Pero su halcón favorito ha desaparecido. Se le ha visto remontar el cielo, de donde no ha descendido. ¡Qué símbolo! Savonarola habla. Toma la ofensiva. Es él quien querrá convencerlo. No tiene la grandeza de alma de los que saben triunfar noblemente. Y el último gesto de Lorenzo no es sino el de buscar un refugio en el silencio. Y se vuelve hacia la pared. Su rostro dolorido se afloja, se apacigua. Inclina la cabeza. Muere. Silencio.

Marcel BRION.

(Traducido de "**Les Nouvelles Litteraires**" para el Suplemento de EL DIA, por E. A.).



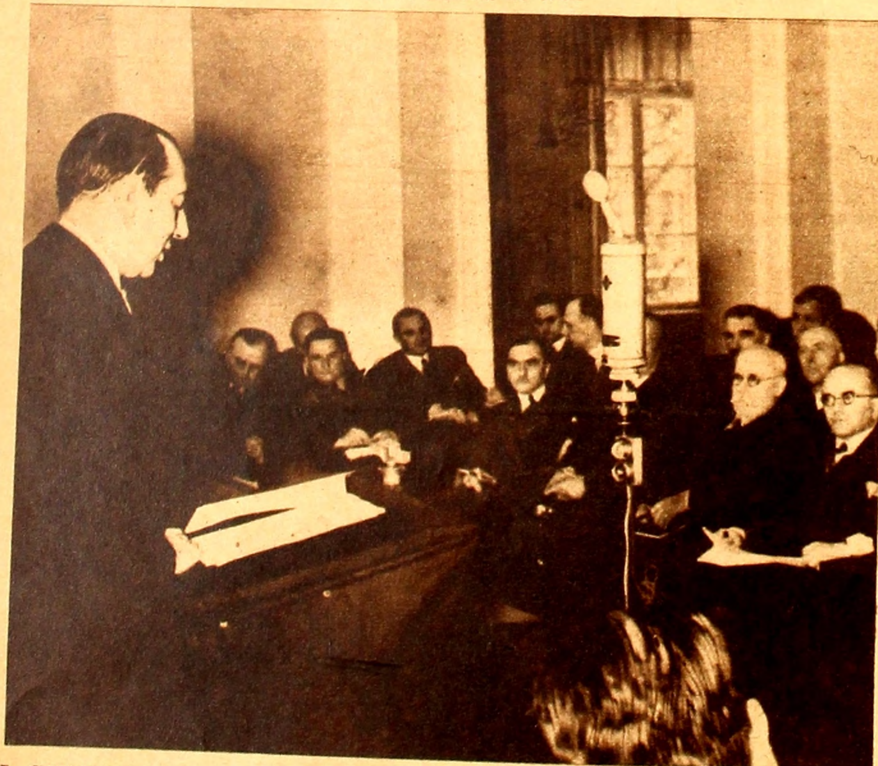
HISTORICA ABADIA INGLESA, DESTRUIDA POR EL FUEGO

Un incendio destruyo completamente la Abadía de Bückland, monasterio del siglo XII que fué residencia de Sir Francis Drake, y que ha estado durante muchos años en posesión de sus descendientes. Han quedado destruídos muchos cuadros al óleo y valiosas porcelanas. Sólo se han salvado algunas reliquias de la época de la reina Elizabeth. Se trató de sofocar el fuego, pero cayó el techo, y ahora sólo quedan las paredes ennegrecidas.



LA ENTRADA DE TROPAS JAPONESAS EN NANKIN

Muestran nuestras notas dos aspectos de la entrada del general Matui, jefe de las tropas japonesas, en la ciudad de Nankin, capital de China, conquistada recientemente por los nipones



EL CANCILLER POLACO EN BERLIN

El canciller polaco coronel Beck ha estado de paso en Berlín, llevado por asuntos privados, según dijo, pero no dejó de conferenciar con el Ministro de Relaciones Exteriores Von Neurath, marchando luego de vuelta a Varsovia. Aparece en esta nota en el curso de una disertación sobre política exterior de su país

DE LAS RELACIONES DE IRLANDA E INGLATERRA

La visita conciliadora del Presidente de Irlanda, Sr. De Valera, a Londres, tiene gran importancia para la vida internacional y la del Imperio Británico. Al mismo tiempo que se realiza esa visita, el ministro de Guerra inglés Sr. Hore Belisha va a realizar una inspección de las defensas antiaéreas de Irlanda. Sir Hore Belisha aparece en la nota en el avión que lo transportó, antes de iniciar el vuelo.



EL COMISARIO DE GUERRA DE LA ESPAÑA REPUBLICANA

El Comisario de Guerra de la España Republicana es el que tiene a su cargo la administración de víveres de boca, ropas, armas, etc. De su organización depende no poco el éxito en los frentes. Del punto de su perfección habla la actual demostración de eficiencia de las tropas republicanas en los frentes, bien provistas de abrigos, alimentos y municiones. El jefe de esa importante repartición es el coronel Bilbao que aparece en esta nota, despidiendo tropas



CONJUNCION DE PRIMATES

Por "casualidad" tres políticos importantes se han conjuntado recientemente durante un partido de golf jugado en el Golf Club de Monte Carlo. Son, de izquierda a derecha: M. Flandin, estadista francés; Sir Robert Vansittart, jefe del Forein Office, y el ministro británico sir John Simon.



LA ESTELA DE LA GUERRA

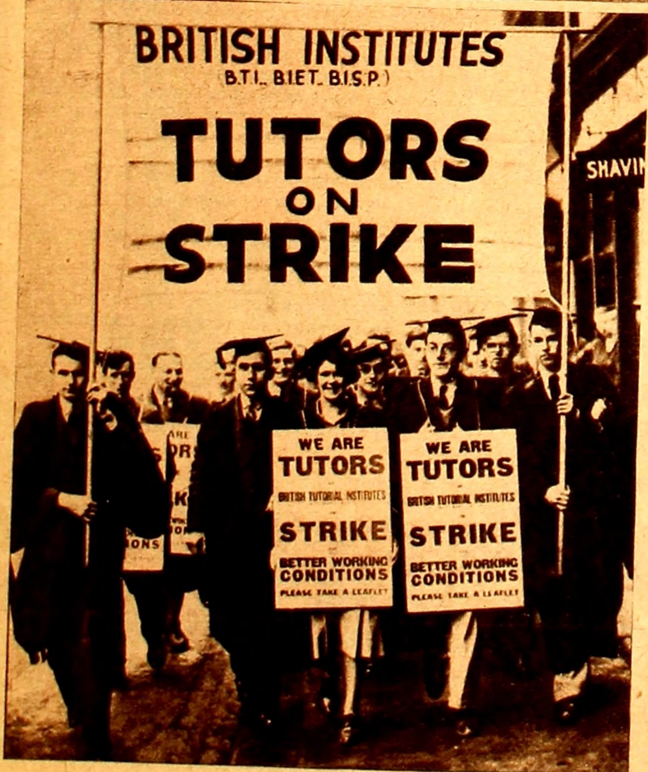
Los 850 australianos muertos en Francia durante la gran guerra, reposan en un cementerio construído en Villers-Bretonneux, que aparece en nuestra nota.



INFORMACION GRAFICA DEL EXTRANJERO







Hogares infantiles "Uruguay" y "José Gervasio Artigas, Montevideo" que sostiene en España Leal, por intermedio del Comité de Coordinación e Información que funciona en París, "La Comisión de Damas Pro Ayuda al Pueblo Español", que preside la señora Sarah Usher de Minelli y lo integran prestigiosos elementos de nuestra sociedad. Con el apoyo generoso que el pueblo uruguayo y extranjero presta a la acción de esta Comisión, y a los 14 Comités de Barrio Femeninos, 3 de niños, y los departamentales de Rocha, Rivera, San Javier, puede girarse mensualmente, la cantidad de 13.135 francos, importe del sostenimiento de los 85 niños que albergan, además de los diversos envíos de ropas que ha realizado esta Comisión.

Las fotografías muestran grupos de niños al pie de la colina en Antella y el frente del Hogar Infantil "José Gervasio Artigas" en la Villa Antella a 70 kilómetros de Valencia, en un rincón magnífico del valle del Jucar, centro fluvial de los más importantes de la provincia. Un vasto valle de naranjos, arrozales, y pinares. El edificio es una extensa y cómoda casa de campo, de dormitorios individuales, con agua caliente y fría en todas las habitaciones. Residencia para niños de 8 a 15 años organizados en un régimen de gobierno propio, dirigiendo ellos mismos la economía y la administración de la colectividad, ayudados por dos profesores especializados. — Este hogar alberga a 35 niños.

El hogar infantil "Uruguay" está situado en los alrededores de la villa de Bunol, al borde de la carretera de Madrid, cerca de la estación. Buenas comunicaciones con Valencia, de la cual está separada por unos 40 kilómetros. El edificio es una hermosa quinta, rodeada de jardines, terrazas, pérgolas. Posee también un huerto cultivado por los niños como lo prueba la fotografía. — Este hogar alberga a 50 niños.

EL EMBAJADOR INGLES EN CHINA

Sir Hugs Knatchbull-Hugessen, ministro inglés en China, fué herido por una carga de metralla nipona, enviada desde un avión. El hecho ocasionó un momento grave en las relaciones del Japón con Inglaterra. La foto presenta al Embajador inglés en China, paseándose por las calles de Londres, donde convalece de sus heridas.

HUELGA DE PROFESORES

Las huelgas estudiantiles son frecuentes, pero las de profesores ya no lo son tanto. En Londres acaba de ocurrir una, realizándose una manifestación por las calles del West End, para protestar de los sueldos bajos.









EL "AMOR BRUJO" EN EL PARQUE RIVERA

EN un bosquecillo cercano al lago del Parque Rivera, — antiguo Durandeau, conquistado por el Concejo de Administración Departamental para la comuna, — se ha levantado un tingladillo en el que actuó la semana pasada el conjunto de bailarines del "Sodre", ejecutando el "Amor Brujo" de Manuel de Falla. A ese espectáculo pertenecen estas notas, y la fotografía que nos sirve de carátula con las gentiles bailarinas del instituto oficial.









LOS HOMBRES FUERON AL PUEBLO

Cuento de Santiago Dossetti

—PA lo que se m'importa el pueblo a mí...

Quien habló encamaba el trebolar, tirado de espaldas. Nubes esponjadas, iluminadas de soslayo por el atardecer, le flotaban en los ojos, intermitentes. Tal una lámpara pasando por una ventana que está contra la noche.

Habían embretado el berreante ternereje y allegado las tamberas a las casas.

Luego, retomaron el campo.

Eran tantos como son, en las estancias, los muchachos, cuando los hombres, todos los hombres, rumbean para el pueblo, ventenando algo.

Aligerados de obligaciones, libres de capatacías, los muchachos se hacen fáciles a cualquier intento, a todo convite. Torear alguna crucera elástica, vibrando en botes laterales. Atar una penca despareja, corrida al filo de las cuchillas. Desafiar las siestas lagarteras, hirvientes de sol y espartillo. Hundir las manos en el hueco tibio de los nidos — carne, plumón y miedo — y salir con los dedos florecidos de píos cortantes.

O dejarse estar, ausentes, acunados por tranquilidad resbaladora.

Allí, donde estaban ahora, el campo se hacía proa. O muchacho, como ellos, ágil y juguetón. Porque la verdad era que cobraba súbito impulso, luego de venir dormido por la llanada, y se replegaba, estrellero, empinándose, al encontrar el firme tajo en la cañada.

—Miralo al cerrito... Cerrá lo sojo... ¿No te parece que va saltá la cañada?...

——Mismo qu'es liviano... E'nuna viene un gavilán y se lo yeva... O una nube...

—Ustede no tienen desperdicio... Si ese cerrito e'sun toro empacao...

Estos eran pensamientos de gurises. Rocío. Agüita.

Los que están ahora, pétreos, sobre la acusada hinchazón del campo, son muchachos. Muchachotes. Especuian sobre hechos tocables, que les calientan la sangre. Barajan semilla y tierra fervorosas.

—¿Tonce a vos no t'importa pa nada el pueblo?...

—Casildo dice qu'el pueblo e'una cosa machaza... Y mire qu'este cristiano ha caminao... Conoce el mar...

—La mar...

—La mar... Toy aburrido de oirlé que hay dos cosa que no tienen fin: la guitarra y el pueblo... Vos conocés un algo, pero seguís... Y te sale otro algo nuevo... Dispués, otro... Y así, hasta qu'el caminador se queda pa siempre...

—Pero no dice que a Cipriana l'envenenaron el perro, en cuantito se lo vido un milico... Y qu'el perro jué l'único vivo del finao Chico que la morena yevó pal pueblo... Ustede saben comu era la cosa. Cuando al negrito se le pasmó el refriao y tosía con un ruido de chala seca, a la negra le dió por entretenerlo. "Precisa alegría", mascaba. Y le prendía a la cordiona, rato y rato. El perro daba cada auyido que partía el rancho... Yorando. Yorábamo los tre, decía Cipriana. El barcino jué otro hijo pa mí... Yegó al pueblo, solita y su alma, y se lo envenenaron como si juera un bicho... Y déase por conforme, le dijo, seco, un milico de traje grande. Porque si sigue desacatando con esos llantos, l'envenenamos la cordiona tamién, y san se acabó!

—Les viá decir... Al capataz Rodríguez lo largaron del pueblo con lo sojo en la nuca y el cinto como pa castigar pelaos... Que si no los lastima con l'hebilla, lo qu'es con la plata... Y él siempre decía que el poblao era fiero como trompezón de turco.

—Don Juan Largo, podrido en plata, no conoce el pueblo...

—No lo conoce y lo raja... Ese e'sun bicho. Fijate que le dijo a Benedetti, como si le juera anunciá un dijunto, que la vía iba ser la ruina... Que dejaría la mortandad de muertos. Qui haría pedacitos los campos y sería una plaga pa los animales... Y que, a más, el tren era un invento. Nos asustó toditos... Dispués risultó qu'el tren era hasta lindo.

—Lindo porque parece un pueblo que va y viene...

—El Tape cuenta pestes de Nico Pérez... Dice qu'sun bagual que corcovea a dos laos...

—Tamién... Si vos te metés muy gayito, en la plaza hirviendo e'gente y mascaritos. Y en vez de abrirte cuando se arrima un diablo colorao grandote, haciendo albardones entre el muchacherío, y relinchando com'un cabayo... Li agarrás la tamaña cola e'vaca, qu'está mojada, te la dejás refregar por el diablo... Dispué te olés las manos, aturdido por las risotadas del gentío de gente... A más, al Tape se le hizo humo la hermana e nesa ida... Y es muy hombrecito. Que me l'aiga llevao un mascarito varón, pase, decía. Pero es que me la yevó una mascarita mujer...

—Lo qu'es el Amargo se abichaba e'nel caserío...

—Ese no chifla por no acompañarse con el chiflido. Una vez lo convidé pa una carrerita. Me contestó que las carreras él las corría solo...

—El que le puso Amargo sabía lo qu'era andar guacho, e'nel campo, con la yel desparramada... De gurí y de dao...

—Güeno... pero el pueblo...

—El pueblo e'suna cosa bárbara... Maginate. Como si t'encontraras, en el camino rial, un reló di oro, un pañuelo e'seda y una cordión de doble hilera...

—¿A vos no se ti hace qu'el poblao e'nun alto, yenito de colores, juguetiando entre quintitas cuadradas? E'nel alto... Y tonce, ¿por qué refala el paisano, como si juera a parar a una laguna?... Todo hombre v'al pueblo. Si güelve, viene repechando, agachao, como si tirara un alambre que no se deja ver...

—Disparan pal pueblo los afligidos...

—Ya empezastes... Con vos no se puede conversar de cosas lindas...

Las palomas regresan, soledosas, en vuelos horizontales. Sus cantos, graves, tenaces y redondos, se han ido boyando en el día.

Sobrenanando en la tarde que sube, se obstinan golondrinas, anudando y desanudando caminos. Motean de lucecitas claras, semilladas en la breve garganta, la pulpa ya morada, que se hincha.

Cuando los muchachos están sobre las casas, advierten echadas sobre el campo pelado, agrio de abono, a las lecheras y la noche.

El ancho lomo vacuno, fácil a la indolencia de los tordos, embandeja la luna bermeja y cercana.

La rumia camina, incesante, como pisando arena.

✲

—Güel... ¿Vos aquí?...

Dos muchachos se perfilan, abocetados, sobre un rincón del campo que quiere hacerse nube. Cara al pueblo.

—Ta muy clarito... No podremos ver las luces...

El que habló era el irreductible, el quiebra-sueños. Costra del pago.

El accidental compañero concreta su asombro:

—Tonce vos tamién venís a ver las luces... Y quienti oye: parecés mordido por el pueblo...

—Y áhi tenés...

Quedan firmes, en silencio. La luna se les cuaja en las frentes.

—¿Vamo?...

Regresan, apareados.

El rocío les endurece las alpargatas bigotudas.

Con el sol, llegarán los hombres que fueron al pueblo.

Tarzan

EL ERROR DE TARZAN.

